

Agentes de ese celo indiscreto en que ardían algunos frailes del siglo décimo sexto, no entraban en los pueblos de idólatras destruyendo los torpes objetos que adora la superstición: empezaban su bienhechora conquista procurando alumbrar los entendimientos con la luz de las eternas verdades y sembrar en los corazones el amor de Dios y de los hombres; proseguían su obra desarraigando malas costumbres y corrigiendo vicios, especialmente el de la embriaguez á que son tan dados los indios, y la coronaban felizmente algunas veces haciendo deponer á los bárbaros la vida en los montes y reduciéndoles á formar poblaciones regulares, para lo cual les patentizaban la miseria de la condición aislada y beligerante, y las ventajas de la vida civil y cristiana.

Una vez alcanzado este triunfo ¡qué cuadros tan risueños los que representan á los neófitos dirigidos y aleccionados por los discípulos de Jesús! Para establecer las poblaciones elegían éstos por lo regular los valles dilatados y enriquecidos con todos los dones de la naturaleza: formaban la planta correspondiente, trazando calles y señalando los sitios donde se proponían edificar iglesias; procedían luego á la formación de ellas y de las chozas destinadas á los habitantes; y era de ver la animación, el entusiasmo, el afecto con que se ejecutaban todas estas obras, siendo los misioneros no solo directores, sino de los primeros en contribuir á ellas con su trabajo físico. La actividad de los nuevos pobladores podía significarse propiamente con una imagen mil veces empleada en casos como éste por los escritores griegos y romanos, con la que presentan las abejas al construir su panal.

"Toda la fábrica de estas iglesias era pajiza [dice el biógrafo antes citado], compuesta de jarales y troncos y adornados los altares con estampas y vitelas, formándoles sus tabernáculos de cañas y florones de diversas plumas: las colgaduras eran de esteras bien tejidas, y estas eran las preciosas alhajas que les minis-

tró á los religiosos en aquellos desiertos su recamarera la santa pobreza. El ornamento lo cargaban consigo que por ser único les servía en todas partes, y para que uno dijese misa, esperaba, ayudándole de ministro el otro. Para este sacrificio conservaban unas sandalias de una suela y no les servían más en todo el día, por que en toda su peregrinación llevaban los pies enteramente desnudos."

Pero si bien es cierto que este desabrigo les parecía natural y consiguiente á su estado, y por lo mismo no solo llevadero, sino apetecible para más asemejarse á los primeros apóstoles, también lo es, que para las pobres chozas que con el nombre de iglesias habían fabricado y destinado al culto, anhelaban alguna más decencia, y así lo pidieron en un informe dirigido al presidente de la Audiencia de Guatemala, cuyo pasaje relativo vamos á trasuntar en seguida:

"La mucha caridad (dicen) que V. S. hace á nosotros, mandando á sus ministros, que todo lo que pidamos por nuestras firmas lo provean de las arcas reales de su Magestad, sea por amor de Dios; pero nosotros, por la misericordia del Señor, no necesitamos de firmar cosa alguna, porque siendo Dios nuestro Señor servido, con estos hábitos que sacamos del colegio, hemos de volver á él; y en cuanto á la comida, así entre cristianos como entre gentiles no nos ha faltado lo necesario, y tenemos esa fé en el Señor, que jamás nos ha de faltar; aunque es verdad que en todas estas naciones no hay más comidas que plátanos, yucas y otras frutas cortas y algún poco de maíz; y en la Talamanca un poco de cacao: pero el afecto con que nos asisten en estas cosas, hartas veces nos ha enternecido el corazón, y en todo esto no hemos hallado menos las comidas de otras partes. Pero para las iglesias son necesarias hechuras de los titulares y ornamentos, á lo menos según los ministros hubieren de entrar, y que uno y otro se provea de Guatemala, ó donde á V. S. mejor le pareciere, porque en Cartago cualquiera cosa se vende muy cara."

Acaso las poblaciones que tuvieron por fundadores á estos religiosos insignes, son en el día villas y ciudades florecientes; acaso muchas de ellas, sin salir de su oscuridad, han desaparecido del mapa. De todos modos, su existencia en el mundo ó en las páginas de la historia, es un monumento impercedero que dá testimonio del espíritu benéfico y civilizador que animaba á los dignos obreros del cristianismo.

VII.

Empleando el P. Margil su vida de esta manera tan fructosa y estando un día en el pueblo de Dolores, situado en la montaña del Lancandón, recibió carta del R. P. Comisario general, en que le ordenaba partiese inmediatamente á Querétaro á desempeñar el cargo de guardián del Colegio de la misma ciudad, para el que había sido electo un año antes.

Púsose luego en camino, y á mediados de Abril de 1697, un viandante notició á los religiosos del expresado Colegio haber dejado algunas leguas atras en la vía que conduce de México á Querétaro á un fraile, que, según las señas que dió de él, no podía ser otro que Fr. Antonio Margil de Jesús.

Era él en verdad, y en la tarde del lunes 22 del propio mes, salieron á encontrarle á extramuros la comunidad y casi toda la población en tumulto. Iba el humilde fraile con el rostro tostado del sol, el hábito remendado, el sombrero, que correspondía al vestuario, colgado á la espalda, y en la cuerda pendiente una calavera que le servía en los sermones. Aunque durante su peregrinación apostólica había traído los pies siempre desnudos, quiso en esta vez no mostrarse excesivamente austero, y calzaba esa especie de sandalias groseras que usan los naturales, formados de una suela de cuero crudo, que tan solo abrigan la planta del pié, y que se llaman *huaraches* en unos pueblos y en otros *cacles*.

Los repiques de las campanas de toda la ciudad

anunciaron la entrada de la comitiva, en medio de la cual iba el apóstol con semblante modesto y lleno el pecho de gratitud por un recibimiento que él conceptuaba inmerecido. Al llegar á la iglesia del colegio, entonó la comunidad el *Te Deum laudamus*, y dió fin á aquel acto el venerable Padre con una breve plática que dejó edificado á todo el concurso.

VIII.

Por tres años gobernó con sabiduría á la grey encomendada á su cuidado, y después de haber desempeñado en el mismo Colegio los oficios de presidente *in capile* y vicario, pasó de nuevo á Guatemala por mandato del superior y llamado del gobierno, para restituir la paz á los corazones de muchos que turbaban el societo público con sediciones.

Su viaje fué un ejercicio continuo de caridad y enseñanza evangélica, y como dice el biógrafo que antes citamos, "en tan dilatado camino iba haciendo lo que el sol, á quien llamaron corazón del cielo, que no se movía sin ir comunicando calor, lucidos rayos y benignas influencias, dejando en cada posada, ciudad ó pueblo, estampado un beneficio."

Llegado á Guatemala, y habiendo cumplido satisfactoriamente con el objeto á que le llamó la obediencia y el deseo de contribuir al bien de los pueblos, funda un colegio de su orden en la ciudad; parte en seguida á nuevas misiones entre pueblos ya convertidos al cristianismo, pero ciegos todavía con algunas creencias supersticiosas; vuelve á ponerse en camino para su colegio de Querétaro; pasa después á fundar el colegio de Guadalupe de Zacatecas; emprende la conquista del Nayarit para el Evangelio; inténase con el mismo objeto hasta la provincia de Tejas; y finalmente, después de lograr los mismos bienes entre los infieles del Septentrion que entre los del Mediodía, nos le encontramos en camino de Querétaro para México. Venía gravemente enfermo, y en esta ciudad, teatro

poco antes de sus predicaciones, le esperaba la muerte.

IX.

Este último viaje se verificaba hacia fines del mes de Julio de 1726. El 6 de Agosto del mismo año, el venerable religioso pasó á mejor vida.

Pintar las circunstancias de su fallecimiento es tarea inútil: su muerte fué la muerte del justo.

Al anuncio de este doloroso suceso, la capital se conmovió como herida de una calamidad repentina, y nadie se mostraba dispuesto á creer lo que realmente habia pasado en la celda de que hablamos al principio: Una de las más tristes ilusiones del hombre es imaginarse que el bien ha de ser eterno en la tierra.

Acudían todos al convento de San Francisco á tributar el último homenaje de respeto y gratitud á unos restos queridos, que pronto iba la tierra á esconder en su seno. El cuerpo del digno misionero fué expuesto en la iglesia á la admiración pública. Llamaba la atención por su hermosura el rostro, modestamente inclinado hacia el pecho, y los pies, que sellaba la piedad con mil ósculos, bañándolos en llanto; aquellos pies siempre prontos á caminar á donde habia desgraciados á quienes dispensar consuelo, y que descalzos no habían temido hollar las sierras más ásperas de México y Guatemala.

Asistieron al funeral el virrey, la audiencia, los tribunales, la clerecía, y en una palabra, todo lo más florido de la sociedad mexicana y todos aclamaban por santo al venerable Margil, todos pregonaban á voces las virtudes en que más se habia señalado; y eran estas manifestaciones tan espontáneas y entusiastas, que habrían bastado en los primitivos tiempos de la iglesia para canonizarle.

Los condes del Valle de Orizaba, D. José Hurtado de Mendoza y D^a Graciana Vivero, cedieron para sepultura del venerable cuerpo una bóveda que poseían ba-

jo al presbiterio, al lado que llaman del Evangelio. Hé aquí la inscripción que entre láminas de estaño se dejó encerrada en el sepulcro.

HIC JACET SEPULTUS V. SERVUS DEI
P. FR. ANTONIUS MARGIL MISSIONARIUS,
PREFECTUS ET GUARDIANUS
COLLEGIORUM DE PROPAGANDA FIDE
SANCTE CRUCIS DE QUERETARO,
SANCTISSIMI CRUCIFIXI DE GUATEMALA
ET SANCTE MARIE DE GUADALUPE
IN HAC NOVA HISPANIA RECTORUM
FAMA UTIQUE VIRTUTUM,
MIRACULORUMQUE ILLUSTRIS
OBIIT IN HOC PERCELEBRI
MEXICANO CONVENTU
DIE VI AUGUSTI ANNO DNI.
MDCCLXXVI.

Traducida la anterior inscripción, es como sigue:

“Yace aquí sepultado el venerable siervo de Dios Fray Antonio Margil, misionero, presidente y guardian de los colegios de propaganda fide de la Santa Cruz de Querétaro, del Santísimo Crucifijo de Guatemala, y de Santa María de Guadalupe fundados en esta Nueva España; varón en gran manera ilustre por la fama de sus virtudes y milagros. Murió en este insigne convento de México el día 6 de Agosto del año del Señor de 1726.”

X.

Difícil es encerrar en los estrechos límites de una inscripción el relato de los hechos notables y de los rasgos característicos de un hombre virtuoso, pero en la que acabamos de leer, no solo se nota esa falta por los términos generales en que está redactada, sino que se omitió en ella precisamente lo primero, y más bien dicho, lo único que debía haberse expresado. Háblase

vagamente de virtudes y milagros, y no se llama la atención hacia el distintivo de nuestro héroe, el espíritu altamente evangélico de que estaba animado, que le hacía arrostrar con frente serena los mayores peligros por llegar á su objeto, y en virtud del cual ejecutaba los hechos que se pueden poner en parangón con los de los primeros apóstoles.

¿Será que esta prenda, verdaderamente singular en aquel tiempo, no fuese estimada en todo su valor? ¿Se creería acaso que la vida de un religioso no podía emplearse de una manera más digna que administrando sosegadamente los sacramentos en los templos de las ciudades?

No, sin duda; y la prueba es, que el venerable Margil fué objeto en vida y muerte, de las más vivas simpatías, y que su memoria ha sido honrada hasta nuestros tiempos con todo el amor y veneración que se tributa á los varones beneméritos; se ha tratado de su beatificación, según veremos después; han escrito su biografía plumas tan gallardas como las de los PP. Espinosa, Villaplana, Arrievita y el P. Fray José M. Guzmán, postulador de la causa de beatificación y canonización del mismo venerable Padre, quien mandó imprimir un extracto de su vida, escrito en italiano, en Roma, en la imprenta de las Bellas Artes en 1836, 4º, y además Larrañaga le ha cantado en versos latinos, pues tal es el asunto de la *Margileida*, y el Lic. D. José M. Moreno, ilustre queretano, en una oda.

Ahora bien, si tanto amor, si tanto entusiasmo ha excitado en los corazones de seculares y eclesiásticos, ¿cómo es que su vida ha tenido tan pocos imitadores? ¿qué obstáculo invencible se ha presentado para que siguiesen sus huellas tantos regulares que verdaderamente eran dignos y capaces de esa gloria?

El espíritu del siglo actual, dicen algunos, todo lo corrompe y envenena; es un viento helado y asolador que extingue las más nobles aspiraciones y sofoca en germen los más valientes impulsos: esta es la causa

principal de la decadencia de los institutos monásticos.

Pero ¿qué tiene que ver el espíritu del siglo con unos hombres que se apartan del mundo precisamente para contrariar con sus doctrinas y ejemplo la influencia de ese mismo espíritu que suponen tan dañado? ¿ó es otro el objeto de la vida del claustro? ¿Ha sido diverso respectivamente en tiempos anteriores? ¿No es un hecho que el mal siempre ha existido, y que á combatirle es á lo que se han consagrado en la antigüedad los filósofos y después los discípulos de Jesús, mayormente los que como los religiosos, han adoptado una vida más austera? ¿Y no es también un hecho que estos divinos atletas han triunfado? ¿Por qué no pudo suceder lo mismo en nuestros días?

Luego el espíritu del presente siglo, dado que se le identifique con el mal, no es la barrera incontrastable que se opone al desarrollo de la acción del bien, y por lo mismo de las virtudes apostólicas.

Otro ha sido el adversario de ese desarrollo, y es la falta individual y colectiva de perseverancia en el fervor primitivo; eso es lo que nota y censura el espíritu del siglo, tan mal comprendido y calumniado, y eso es lo que deploran los hombres pensadores y con ellos toda la sociedad y aun la misma Iglesia de Jesucristo.

Sí, la sociedad, animada de las ideas filosóficas reinantes, anhela, exige que las instituciones lleguen á su objeto y no sean una mentira sistemada; exige que los hombres que hacen profesión de virtud y heroísmo, sean realmente héroes y virtuosos, y la Iglesia exige de ellos el cumplimiento del precepto del Salvador: *sed santos como lo es mi Padre celestial*; pues de otra manera, también exige que desaparezcan de su seno, porque eso está en el orden invariable de las cosas, según la sentencia del Evangelio: *¡árbol que no da fruto será quemado!*

Finalmente, otros oponen que la falta de auxilio, especialmente de los gobiernos, ha cortado las alas al genio emprendedor que en otros siglos dió tanto cré-